

Los **pobres** salvarán al mundo

Oriol Xirinachs



EMAÚS 144

CPL
editorial

La colección Emaús ofrece libros de lectura asequible para ayudar a vivir el camino cristiano en el momento actual.

Por eso lleva el nombre de aquella aldea hacia la que se dirigían sus discípulos desesperanzados cuando se encontraron con Jesús, que se puso a caminar junto a ellos, y les hizo entender y vivir la novedad de su Evangelio.

Oriol Xirinachs

Los pobres salvarán al mundo

Colección Emaús 144
Centre de Pastoral Litúrgica

Director de la colección Emaús: Josep Lligadas

Diseño de la cubierta: Mercè Solé

Dibujo de la cubierta: © Cesc

Ilustraciones interiores: © Agustín de la Torre Zarazaga

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA

Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona

Tel. (+34) 933 022 235

cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: septiembre de 2017

Segunda impresión: noviembre de 2017

ISBN: 978-84-9165-048-5

Depósito legal: B 21915-2017

Printed in UE



Imprime: Ulzama Digital, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

¿DINERO O AMISTAD?

*Ganaos amigos con el dinero de iniquidad,
para que, cuando os falte, os reciban en las
moradas eternas (Lc 16,9)*

El hijo pródigo, con su herencia pasa una primera temporada rodeado de amigos y amigas, y el hombre vive feliz. En una sociedad donde todo se compra y tiene un precio también se pueden comprar los amigos. Incluso hay empresas que “alquilan” señoras como compañeras para asistir a recepciones y poder lucir; sabemos que hoy uno de los parámetros para situarse en los primeros lugares del ranking humano es el número de contactos que uno tiene en facebook. Y a pesar de todo uno de los males más sintomáticos de nuestro mundo es la soledad.

Manuel, un hombre bien situado, que fue a parar a la calle, un día me contaba, y debe ser verdad, que la gente cuando ve a una persona viviendo en la calle, lo primero que piensa es el frío que debe pasar o la dificultad para satisfacer sus necesidades de higiene o alimentación, y añadía que lo que a él más le hacía sufrir era la terrible soledad, el no tener a nadie. Sin pretender que dejen de hacerlo aquellos que compran pañuelos o encendedores a quienes los venden en el metro, Gerardo me decía que él sacaba casi los mil

euros mensuales; eso sí, “trabajando” muchas horas. No sé si se puede generalizar el caso. Lo que quiero decir es que nos es más fácil dar dinero que establecer y ofrecer amistad. El dinero nos deja tranquilos y nos permite desentendernos, mientras que la amistad nos ata al pobre. Pero el dinero no nos debe ahorrar la amistad, sino que, en cualquier caso, tenemos que utilizarlo para hacer amistad. “Ganaos amigos con el dinero de iniquidad, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas” (Lc 16,9). El buen samaritano lo entendió así, y por eso no se conforma con pagar al posadero sino que vuelve para ver a aquel hombre que ha recogido, porque se ha vinculado a él. Recordemos que una de las acusaciones de Jesús es precisamente que era amigo de publicanos y pecadores (Mt 11,19).

Y, por si es preciso, recordemos que la amistad de verdad solo se puede dar entre iguales, y nosotros nunca acabaremos de serlo, pero no es imposible. Hemos tenido y conocido buenos maestros que nos lo garantizan. Y también es preciso decir que cuando conseguiremos vivir la amistad con los pobres tendremos la certeza de que no es una amistad interesada sino que es una verdadera amistad.

Tú sabes de qué hablas cuando nos llamas amigos. Y lo sabes porque eres capaz de serlo incluso teniendo como tal a Judas cuando te traiciona. Él ha preferido las treinta monedas a tu amistad. Él se queda en la soledad más absoluta y tú sigues aferrado a la amistad con el Padre. Y dejarás como herencia tu amistad a los

pobres y solo con ellos podremos gozar de ella con la certeza de que es una amistad desinteresada y no como la de aquellos amigos del hijo pródigo que solo lo eran mientras pagaba él.

EL POBRE, MEDIDA HUMANA

No os estiméis en más de lo que os conviene, sino estimaos moderadamente, según la medida de la fe que Dios otorgó a cada cual (Rom 12,3)

En nuestro mundo hemos fijado toda una serie de criterios para establecer el ranking de categorías humanas y sociales. Hay barrios residenciales y barrios populares; “buenas” familias, y otras que no deben serlo tanto; profesiones liberales y serviles; clases altas y clases bajas... Y podríamos alargar la lista que hace Eduardo Galeano en el poema “Los nadie”: hay religión y superstición, hay cultura y folklore, hay seres humanos y recursos humanos, los que tienen nombre y los que son un número... Y ya tenemos quienes son los primeros y quienes los segundos.

Ahora bien, todos tendemos a buscar maneras de ser “más de lo que somos”, para pasar a primera división. Ya sabemos que en lo que se refiere al cuerpo hay algunas formas de conseguir un cierto crecimiento, ya sea con hormonas o con postizos, o dopándonos. Y en lo que se refiere a todo lo que creemos que hace a la persona también existen postizos: unas formas que hemos catalogado de urbanidad; unas experiencias compradas en la agencia correspondiente; poder

alternar en unos encuentros o actos sociales... Pero la sabiduría popular lo tiene muy claro: "Aunque la mona se vista de seda...". Y acabamos organizando un mundo que parece un baile o un concurso de gigantes en una fiesta mayor. Pero cuando se acaba vemos cómo levantando la falda sale un hombrecillo cansado y sudoroso. Y es que cargar esta doble personalidad, a la larga, es agotador. Y en la vida real, además, descaradamente ridículo.

No nos atrevemos a equipararnos ni a compararnos con algunos de los que se recomiendan a sí mismos. Ellos, al medirse de acuerdo con la opinión propia y al compararse consigo mismos, actúan sin sentido. Nosotros, por el contrario, no nos gloriaremos desmesuradamente, sino según la medida de la norma que Dios mismo nos ha asignado al hacernos llegar incluso hasta vosotros (2Cor 10,12-13).

Y, claro, como todos llevamos este deseo de ser gigante, también los cristianos, cuando nos encontramos con el Evangelio, que es un vestido que siempre nos vendrá grande, tenemos dos opciones. O bien hacer de él un gigante a base de formas, prácticas y poses... ¡postizos! O bien recortándolo y hacernos un Evangelio a la medida: ¡filacterias, ocupar los primeros bancos, que suene la moneda en el bacín...!.

Conociendo esta desmesura humana, el tentador propone a Jesús, ya al inicio de su ministerio, que actúe desmesuradamente para ganarse al personal. Pero Jesús es el Jesús que supo reconocer aquel niño que, al entrar en el templo y ver el crucifijo, se giró hacia mí y me preguntó: "¿este es el 'diosito'?". ¡Todo el himno de Filipenses 2 sintetizado! Es el Dios hecho a me-

dida humana para que “lleguemos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero (*Evangelii gaudium*, núm. 8).

La medida humana es la que es y no crecerá, tal como dice Tagore, forzando los pétalos de la flor, sino que debe de respetar su proceso: “El Reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega” (Mc 4,26-28).

Por eso solo los pobres que no pueden añadir nada a su medida, y que yo digo que son unos gigantes en miniatura, nos enseñan a vivir el Evangelio como aquel vestido, que sí, nos viene grande. Pero no lo acortamos, sino que lo vivimos como una llamada a crecer, puesto que: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifiesta, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es” (1Jn 3,1-2).

Nos conformamos con muy poco cuando aceptamos que en el nacimiento y en la muerte todos somos igua-

les. Pero desgraciadamente entre el nacimiento y la muerte unos son más iguales que otros. Y vamos construyendo pedestales para elevarnos por encima de los demás. ¡Insensatos! Solo tú, haciéndote pedestal, nos puedes elevar, como lo hace la madre con su criatura, a la medida humana a la que todos estamos llamados y que no es otra que la tuya.

▣ ¿“DIGNIDADES” O DIGNIDAD?

Sino todo lo contrario, los miembros que parecen más débiles son necesarios. Y los miembros del cuerpo que nos parecen más despreciables los rodeamos de mayor respeto (1Cor 12,22-23)

Seguramente que todos hemos reído las gracias de algún “Jaimito”. Ya sabemos qué queremos decir: cuando un pequeño hace o dice algo que no corresponde a su edad sino a la de una persona mayor. O al revés, hemos visto o hemos intentado nosotros mismos hablar como ellos, con un lenguaje infantil, con el objetivo de que nos entiendan mejor. Ambas conductas creo que los pedagogos nos dirán que son negativas. Los niños son niños y no unos adultos en pequeño, y por ello hemos de relacionarnos con ellos de adultos a pequeños, cada uno tal como es, puesto que es la manera de ayudarlos a crecer. Bien, esto con los pequeños puede tener una cierta gracia, pero con lo que nos encontramos a menudo es que en algunas relaciones entre adultos continuamos actuando igual. ¿No nos sentimos a menudo tratados como niños por parte de las autoridades, como si no tuviéramos criterio o no supiéramos lo que queremos? ¿Ciertos populismos no son una manera de querer ponerse falsamente a

nuestra “pobre” altura? Supongo que estas situaciones las vivimos como una ofensa a nuestra dignidad. Pero probablemente, y con la mejor buena voluntad, hacemos lo mismo con los pobres.

Pienso en una entidad que acoge a chicos y chicas que no encajan en los institutos oficiales por sus historias de exclusión y desestructuración. Allí, con su buena forma de hacer, encuentran la motivación para luchar por una segunda oportunidad, y sus responsables tienen claro que son educadores y alumnos, conjuntamente, los actores y protagonistas de su progreso.

El día que presentaban un libro-memoria de su actividad, además de responsables de la Administración y de la entidad, estaban un chico y una chica de los que recibían la formación. Por parte de la dirección, su presencia allí era totalmente coherente con su filosofía. En un momento en que el presentador preguntó a la chica su opinión sobre su experiencia, la chica con toda su espontaneidad respondió “¡de p... madre!”. Como era de esperar, la sonrisa complaciente, comprensiva y benévola fue unánime. ¡Hizo gracia! ¡Se la disculpaba! La veíamos actuando como una persona madura y educada, y ahora le salía su auténtica realidad. En el fondo vi en ello este esquema de relación entre nosotros, la sociedad “normal” y los pobres. Me sorprendió la dignidad de toda la actuación de los chicos con sus estilos, cultura, estadio de maduración..., pero nosotros todavía los vemos como pobres chicos que aparentan una madurez que consideramos superficial porque no se corresponde con nuestra visión. ¡Pues sí! Se trataba de una madurez y

una dignidad reales. Con una diferencia fundamental y es que mientras a nosotros esta dignidad se nos supone formando parte de nuestro ADN (y por supuesto la de las “dignísimas autoridades”). Ellos, en cambio, aun merecen como personas que son la misma dignidad, tienen que ganársela para que les sea reconocida.

Ayudar a los pobres a descubrir su dignidad, o a recuperarla, si la han perdido, no siempre es fácil. En primer lugar hay que creérselo. Lo que significa “no reír sus gracias”; es decir no hacer manifestaciones extraordinarias y falsas de sus progresos, y no caer en coleguismos fáciles que rebajan el modelo con quien contrastarse.

Jesús se encuentra una sociedad donde toda la gente era considerada “gentuza maldita” por parte de las “dignísimas autoridades”: “¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la ley son unos malditos” (Jn 7,47-49). Y él no da nada por perdido porque cree en la dignidad de aquella mujer encorvada –sometida–, porque también es hija de Abrahán (Lc 13,16), ni apaga la mecha humeante, porque puede reavivarse la llama. Pero tampoco hace rebajas y cuando sea preciso dirá “no peques más”. Pero también sabrá reconocer sin hacer aspavientos los progresos cuando “tu fe te ha salvado”.

Solo desde el pobre puedo descubrir mi dignidad de hijo de Dios, que continúo teniendo cuando me rebajo, y que no crece cuando hago “mis gracias”.

Cuando venimos a recibirte en la Eucaristía reconocemos que no somos dignos. Pero cuando salimos del templo y podríamos ser dignos, sirviendo, y sirviendo a los pobres, entonces no lo hacemos porque creemos que servir nos hace indignos y menosprecia nuestra dignidad. Tú, Señor, no pierdes la dignidad cuando lavas los pies a tus discípulos. Hazme aprender, Señor, que no se pierde la dignidad sirviendo, y ayúdame a servir a los pobres con tu misma dignidad.